

SEMINARIO DE HISTORIA

Dpto. de Hª social y del Pensamiento Político, UNED
Dpto. de Hª del Pensamiento y de los Movs. Sociales y Políticos,
Universidad Complutense de Madrid
Fundación José Ortega y Gasset

Curso 2012-2013
Documento de trabajo 2012/9

¿HUBO UNA CULTURA POLÍTICA TRASNACIONAL EN LA EUROPA DEL SIGLO XIX? APROXIMACIÓN DESDE ESPAÑA

FLORENCIA PEYROU
Universidad Autónoma de Madrid

SESIÓN: JUEVES, 13 DE DICIEMBRE, 19 H.

Lugar: Rotonda (Edificio principal, 1ª planta)
Instituto Universitario José Ortega y Gasset
c/ Fortuny 53, 28010 Madrid

Contacto: seminariodehistoria@gmail.com

¿Hubo una cultura política democrática transnacional en la Europa del siglo XIX? Aproximación desde España.¹

Florencia Peyrou. Universidad Autónoma de Madrid.

La importancia de las interdependencias e interconexiones que se produjeron de manera creciente entre las distintas partes del mundo desde fines del siglo XVIII hasta principios del XX, que dieron lugar a una cada vez mayor uniformidad en todos los terrenos (político, económico, religioso, hábitos físicos), fue señalada hace ya varios años, entre otros, por Christopher Bayly. Fue un período, de acuerdo con el mencionado autor, en que “las ideas y movimientos políticos surcaron los océanos y saltaron las fronteras de un país a otro.”² Entre dichos movimientos políticos cabe destacar los de perfil reformista (que exigían, entre otras cuestiones la extensión del sufragio, la autoridad de parlamentos elegidos o recuentos electorales escrupulosos...) que tuvieron lugar a partir de la década de 1780 en sucesivas “olas de democracia”. John Markoff ha subrayado que la expansión de transportes y comunicaciones favoreció una circulación de personas e impresos que contribuyó a difundir – y de alguna manera uniformizar – las ideas, las formas de actuación pública, los medios organizativos y los símbolos y consignas que caracterizaron estos movimientos.³

Este carácter transnacional de los movimientos democráticos y republicanos decimonónicos, sin embargo, aún no ha sido estudiado en profundidad. Es verdad que Maurizio Ridolfi se ha referido recientemente a la existencia de un “universo democrático” europeo caracterizado por la defensa de una “comunidad de ciudadanos soberanos” basada en el imperio de la ley y de una “revolución igualitaria” a través del sufragio universal. También Sabine Freitag ha aludido a una *cultura revolucionaria europea* (“which maintained political convictions beyond national borders and interests” – a “spectrum of shared political and social beliefs and common political experiences”) que se configuró en gran medida gracias a los contactos entre demócratas y republicanos italianos, franceses, húngaros, alemanes y polacos en el exilio, mientras que Jonathan Sperber se ha referido (para el período 1848-1851) a un “radicalismo” europeo partidario de la soberanía popular, la igualdad en la participación política y el ejercicio de las libertades cívicas básicas: reunión, asociación y prensa. En el seno de este “radicalismo” se compartían símbolos, formas organizativas e incluso bases sociales. En primer lugar destaca, debido al peso de la herencia de la Revolución Francesa, el uso generalizado de gorros frigos o de banderas tricolores (cada grupo nacional tenía sus propios colores) que simbolizaban la libertad, la igualdad y la fraternidad. Se trataba, en segundo lugar, de una cultura básicamente urbana integrada por profesionales liberales, intelectuales, artesanos y jornaleros, aunque en zonas como Hungría y Polonia el peso de la nobleza era muy superior. Por último, sus plataformas principales de actuación, allí donde fue posible, fueron sobre todo las redacciones de los periódicos, las asociaciones educativas o de socorros mutuos, y las sociedades secretas.⁴

¹ Una versión preliminar de este texto ha sido presentada en el XI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea (Universidad de Granada, 2012). Agradezco los comentarios a esa primera versión de M. C. Romeo, Isabel Burdiel y Jesús Millán.

² C. Bayly, *El nacimiento del mundo moderno*, Madrid, Siglo XXI, 2010, p. XXVI.

³ J. Markoff, *Olas de democracia*, Tecnos, 1999.

⁴ M. Ridolfi, “Alle origini della democrazia europea. Introduzione”, en M. Ridolfi (ed.), *La democrazia radicale nell'ottocento europeo*, Milan, Feltrinelli, 2005, pp. XI y XIV; S. Freitag, “Introduction”, S. Freitag (ed.), *Exiles from European Revolutions*, Berghan Books, 2003, p. 1. J. Sperber, *The European Revolutions, 1848-1851*, Cambridge, CUP, 1994, pp. 77-86.

Ahora bien, considero que todavía queda mucho por hacer en lo que se refiere al análisis de las características e implicaciones de este universo compartido.

Sobre todo porque, por el momento, el estudio del mencionado universo se ha circunscrito a las discusiones, asociaciones y actividades desarrolladas por grupos de exiliados, especialmente en Londres durante los años 1840 y 1850, donde residían activistas como Giuseppe Mazzini, Aurelio Saffi, Alexandre Ledru-Rollin, Felix Pyat, Charles Delescluze, Stanislaw Worcell, Wojciech Darasz, Jan Podolecki, Zenon Swietoslawski, Arnold Ruge, Louis Blanc, Lajos Kossuth, William Linton, George Holyoake, William Lovett, Julian Harney, Joseph Cowen, Karl Marx y Friedrich Engels. Entre ellos existían diferencias importantes. Sperber ha subrayado, por ejemplo, las que existían en torno a la forma de gobierno ideal, con sectores que abogaban por la república y grupos que transigían con una monarquía verdaderamente constitucional; y alrededor de cuestiones económicas y sociales: las visiones de algunos demócratas no se distinguían de la de los liberales, sobre todo en la convicción de la auto-regulación de una sociedad libre de interferencia gubernamental, mientras que otros eran partidarios del intervencionismo estatal, por ejemplo con la concesión de créditos baratos para la fundación de cooperativas de trabajadores o para ayudar a pequeños artesanos o propietarios, y/o la organización de trabajos públicos para los desempleados. Otros, por último, defendían el comunismo. El propio Mazzini señalaba en 1846 que “sólo Dios” sabía “cuántos proyectos y puntos de vista distintos podría enumerar en el partido democrático”. Y añadía que “entre estas fracciones del partido democrático no hay una que lleve toda la razón, y ninguna está completamente equivocada”.⁵

Con el paso del tiempo las distintas sensibilidades políticas y sociales se irían definiendo y delimitando con mayor claridad, pero esas décadas centrales del siglo XIX fueron momentos de amalgama y discusión. Todos estos sectores se consideraban “demócratas” y pugnaban por dotar de significados concretos a conceptos como democracia, revolución, igualdad o fraternidad. Protagonizaron de este modo un debate en torno a lo que Mazzini denominó la “democracia europea”, que ha sido analizado por Salvo Mastellone en una obra de reciente aparición. De acuerdo con este autor, el debate se abrió con la publicación, en 1835, de *La Democracia en América* de Tocqueville, y empezó a perder fuelle hacia mediados de la década de 1850. En el marco del mismo habría que situar textos como el *Plan for Education and an Improvement of the People Politically and Socially* de William Lovett y John Collins (1840); *An Address to the Friends of Humanity and Justice among all Nations* (Hetherington, 1845); la serie de artículos sobre la democracia en Europa que Mazzini publicó, en 1846, en el *People's Journal*; el *Address of the German Democratic Communists of Brussels to Feargus O'Connor* (Engels, Marx, Gigot, 1846); el *Manifesto to the Peoples: Organisation of Democracy*, de Mazzini e incluso el *Manifesto of the German Communist Party*, de Marx y Engels, ambos publicados en *The Red Republican* en 1850.⁶

Todos estos sectores, además, se organizaron –y coincidieron– en diversas plataformas de activismo y propaganda, como la de los Demócratas Fraternales (1844), liderada por Harney, de signo comunista y en la que se integraron, además de Karl Schapper

⁵ G. Mazzini, *Pensamientos sobre la democracia en Europa y otros escritos*, Madrid, Tecnos, 2004, p. 11.

⁶ S. Mastellone, “Mazzini’s International League and the Politics of the London Democratic Manifestos, 1837-1850”, C.A. Bayly, E. Biagini (Eds.), *Giuseppe Mazzini and the Globalisation of Democratic Nationalism*, Oxford, OUP, 2008; S. Mastellone, *Mazzini e Linton: una democrazia europea (1845.1855)*, Firenze, Leo Olschki, 2007.

(fundador de Arbeiter Bildungs Verein en 1839) y Oborski, numerosos demócratas alemanes y franceses; la *Liga Internacional de los Pueblos* (1847) fundada por Mazzini, Linton y John Bowring, y en la que participaron muchos emigrados italianos y polacos; el *Comité Revolucionario de Demócratas Socialistas Emigrados*, creado en 1850 por Oborski, Swietoslawski, Pierre Leroux y Victor Hugo; o el *Comité Democrático Europeo* que organizaron en 1850 Mazzini, Ruge, Darasz y Ledru-Rollin. Todas ellas pretendían unificar a los demócratas europeos en un movimiento común, tomando como precedente la *Joven Europa* que Mazzini constituyó en Berna en 1834. Se pretendía actuar, difundir la libertad, en cualquier sitio dónde un pueblo sufriera tiranía o dominio extranjero. El objetivo final era una confederación europea de gobiernos republicanos y democráticos. Europa debía convertirse en una “tierra de libertad” en la que la “santa alianza de los pueblos” sustituiría a la “santa alianza de los monarcas”.⁷ También se pusieron en marcha empresas periodísticas conjuntas: Ledru-Rollin y Delescluze publicaron en Londres, a partir de 1850, *Le Proscrit* y *La Voix du Proscrit*, que abrían sus columnas a demócratas exiliados de diversos países; Linton publicó 1851 a 1855 el periódico *The English Republic*, que funcionaba como órgano oficioso del Comité Democrático Europeo; Felix Pyat y Charles Ribeyrolles, por último, editaron *L’Homme*, desde Jersey, de 1853 a 1856, con el apoyo de Switoslawski. Todos estos periódicos publicaron multitud de manifiestos, panfletos y discursos. Su objetivo era reforzar los lazos entre exiliados y constituyeron verdaderos foros de debate político. Aportaban además bastante información sobre Europa y defendían la “democracia universal”.⁸

En ese magma de refugiados se integró, en 1851, el republicano español Fernando Garrido, cuando ingresó en el Comité Democrático Europeo como representante de la democracia española. Se inició así una colaboración entre algunos activistas españoles y, sobre todo, Mazzini y su entorno que daría lugar a algunos proyectos y empresas conjuntas. Poco después de la llegada a Londres de Garrido, por ejemplo, Mazzini pidió a Kossuth, a punto de emprender una gira propagandística por los Estados Unidos, que propusiera al gobierno norteamericano el intercambio de la isla de Cuba por dinero y armas para la causa democrática española. El gobierno de los Estados Unidos rechazó el plan, pero éste fue reactivado hacia 1852, cuando Pierre Soulé, miembro de la *Joven América* y amigo personal de Mazzini, fue nombrado embajador en España. Poco después, el proyecto se abandonó definitivamente.⁹ Unos años más tarde, en 1857, Sixto Cámara empezó a organizar, a instigación del genovés, una Legión Ibérica con el fin de apoyar al ejército garibaldino. La muerte de Cámara en el verano de 1859 paralizó el proyecto hasta que Garrido lo reactivó un año después, desde Barcelona. Un “agente militar italiano” establecido en la mencionada ciudad logró reclutar a más de un centenar de voluntarios que salieron a mediados de septiembre en un buque sardo financiado por sectores progresistas y democráticos. En octubre, Garrido se desplazó a Nápoles, donde conoció a Cattaneo y recibió instrucciones de Garibaldi para continuar el reclutamiento de voluntarios en el levante español, pero el proyecto terminó fracasando en gran medida por la “falta de fondos y de coordinación”, así como por el retiro, el 9 de noviembre, de Garibaldi a Caprera, por la rivalidad de este último con Cavour y por sus discrepancias con Mazzini.¹⁰

⁷ R. Sarti, “Giuseppe Mazzini and Young Europe”, C.A. Bayly, E. Biagini (Eds.), *op. cit.*, p. 276. I. Prothero

⁸ S. Aprile, “Voices of Exile. French Newspapers in England”, S. Freitag (Ed.), *op. cit.* Mastellone

⁹ Véanse C. Lida, “Conspiradores e internacionalistas en vísperas de la revolución” y M.I. Pascual Sastre, *La Italia del Risorgimento y la España del Sexenio democrático*, CSIC, 2001.

¹⁰ I. Pascual Sastre, *La Italia del Risorgimento*, pp. 373, 376.

Muchos de estos activistas europeos habían tenido una formación intelectual similar. Alexandr Herzen, Fernando Garrido y Giuseppe Mazzini se vieron marcados, por ejemplo, por la lectura de Hegel, Saint Simon y Fourier.¹¹ Estas “influencias” eran lógicamente adaptadas o incorporadas de maneras diferentes, y se podían producir evoluciones dispares. Mazzini, por ejemplo, se distanció de Fourier en sus “Pensamientos sobre la democracia en Europa” (1846), mientras que Garrido admiraba abiertamente su sistema en *El socialismo y la democracia* (1862). Estas diferencias no impidieron que el español insertara un texto de Mazzini en este folleto a modo de prólogo.¹² Las similitudes de partida, lógicamente, se reforzaban con las experiencias y trayectorias de activismo parecidas a las que me he referido en párrafos anteriores: viajes, exilios, círculos y proyectos comunes... aunque esto no implicaba una uniformidad en las sensibilidades políticas. Los exilios fueron especialmente importantes para reforzar los vínculos y el sentimiento de colectividad. Demócratas de diversos países compartían miserias y esperanzas, y confraternizaban en cafés y sobre todo en banquetes, como el que celebró Emilio Castelar en París, en 1866, que fue según el francés Benjamin Gastineau una *comunión* que reconfort   a todos los asistentes, sobre todo por los brindis y las declaraciones enérgicas en favor de la lucha por la libertad y la emancipación de los pueblos. En el banquete que se celebró en Florencia, el 18 de enero de 1863 en honor a Garnier-Pag  s, al que asistieron 60 personas (entre ellos los redactores de *La Nuova Europa*, Dolfi, Capriani, Gravina, Ruiz Pons, Sánchez Deus y José Paz), Sánchez Deus celebró en su brindis que los demócratas estuvieran “siempre dispuestos a combatir y destruir la tiranía, el despotismo y la opresión”.¹³

En cualquier caso, lo que me interesa analizar en este texto es el alcance y la difusión que tuvieron las acciones y los discursos de todo ese magma democrático situado en Londres (y que estaba presente, aunque de manera más minoritaria, en otras ciudades europeas como Bruselas, Berna o Ginebra).   Quedaron limitados a ese universo de exiliados y de los agitadores más activos o penetraron en los distintos países de origen de estos últimos? En este último caso,   qu   impacto tuvieron?   C  mo influyeron en los movimientos democráticos nacionales?   Contribuyeron a configurar una *cultura política democrática europea transnacional*? Abordar   todas estas cuestiones a partir del caso español, centrándome sobre todo en las décadas centrales del siglo XIX,¹⁴ aún consciente de que los resultados (preliminares por el momento) que obtenga no me permitirán establecer conclusiones generales definitivas, tanto por lo limitado aún de la investigación como por la dificultad de extrapolar los resultados obtenidos para el caso español a otras latitudes. Me referir   en primer lugar a la cuestión de la circulación de activistas, textos y discursos, aportando una muestra de los desplazamientos de algunos demócratas y republicanos españoles, pero sobre todo de la gran cantidad de impresos, proclamas y manifiestos escritos por demócratas foráneos que eran traducidos y publicados en España. En segundo lugar, presentar   un primer y breve análisis sobre la

¹¹ O. Novikova, “Estudio preliminar” a A. Herzen, *Pasado y pensamientos*, Madrid, Tecnos, 1994, p. XV, XVI. E. Aja, *democracia y socialismo en el siglo XIX español. El pensamiento político de Fernando Garrido*, Madrid, Edicusa, 1976, p. 150, 28.

¹² R. Baralt y N. Fernández Cuesta, *Programas políticos*, Madrid, 1849.

¹³ *La Discusión*, 20-2-1863.

¹⁴ Todo indica que a partir de la década de 1860 y, sobre todo, de 1870, se produjo un cierto *repliegue nacional* entre los activistas republicanos europeos, aunque los contactos continuaran, y al mismo tiempo entre muchos sectores empezó a ganar fuerza la idea de una *democracia latina*. Las culturas políticas como señaló Bernstein son “evolutivas”. Pero este proceso excede los límites de este trabajo y debe ser objeto de futuras investigaciones.

manera en que estas interconexiones eran percibidas por los activistas demócratas y republicanos *dentro de España*; la forma en que imaginaban su pertenencia a un movimiento político y social común que trascendía las fronteras nacionales.

Un universo democrático en movimiento.

Los contactos entre revolucionarios europeos se pueden remontar al comienzo de la oleada revolucionaria de 1820, cuando se empezó a configurar lo que Maurizio Isabella ha denominado la “internacional liberal”: la proliferación de movimientos defensores de la soberanía popular y de los derechos constitucionales que se organizaron en torno a sociedades secretas con fines insurreccionales, desde la convicción que la defensa de la causa de la libertad exigía los esfuerzos de todos los liberales europeos. Los contactos constantes que se dieron entre estos liberales revolucionarios, añade Isabella, generaron redes internacionales de conspiración, una comunidad en singular de activistas que debatían problemas similares y trataban de coordinar actividades conjuntas más allá de fronteras nacionales. Esto se reforzaba con la circulación de textos, discursos, artículos, que eran traducidos y publicados de manera simultánea en distintos países, y con la similitud de temas y problemas que eran tratados por los periódicos de buena parte del continente.¹⁵ Aunque quedan todavía muchos puntos oscuros, en España se han estudiado ya las conexiones y relaciones establecidas por los liberales exiliados, durante los años 1820 y 1830, en Londres y París, así como los contactos posteriores que tuvieron lugar entre radicales y republicanos españoles y sus homólogos europeos.¹⁶

Especialmente interesantes son los hitos constituidos por la fecha clave de 1848 y el período que se desarrolla durante los años 1860, en los momentos previos a la *Gloriosa*. En lo que se refiere a la primera fecha, destaca porque se trató de un lapso muy breve en el que se produjeron unos contactos y movimientos muy intensos con el traslado de numerosos revolucionarios europeos a París, entre otros Schapper, Marx y Mazzini. En el caso de los republicanos españoles, nada más conocerse la noticia del éxito de la Revolución parisina de febrero dos de ellos, Abdón Terradas y José Segundo Flórez, viajaron inmediatamente a la capital francesa con el fin de solicitar apoyo al nuevo gobierno republicano francés. En París se había organizado, además, un Comité Democrático Español dirigido por un *citoyen* Del Balzo, que se presentaba como un “actif colon de l'Algérie” desde 1844 y que en 1848 se había puesto a disposición de la república francesa “comme soldat et comme citoyen”. El Comité, integrado también por Jacinto Salas y Quiroga, Llinás y Blanco, fue recibido por Lamartine el 26 de marzo. Pero ni éstos últimos ni los primeros tuvieron éxito en su comisión. No en vano, el ministro de Exteriores francés consideraba que, « c'est aux nations à réaliser dans leur sein ce qu'elles peuvent porter ».¹⁷

Las “tormentas del 48”, como es bien sabido, se extendieron por Berlín, Viena, Roma, Venecia, Budapest... Europa parecía, dice A. Körner, haberse convertido en un “espacio común de comunicación y actividad revolucionaria”.¹⁸ En España se produjeron

¹⁵ M. Isabella, *Risorgimento in Exile*, Oxford, OUP, 2009.

¹⁶ Véanse, entre otros, V. Lloréns, I. Zavala, R. Sánchez Mantero, J. L. Simal, A.M. Garcia Rovira, C. Lida, G. Thomson, I. Pascual Sastre, F. Peyrou, González Calleja, Martínez López.

¹⁷ *L'Espagne démocratique. Comptes rendus des manifestations du 26 mars et du 11 avril 1848*, Paris, 1848, pp. 15-17, 34. Lamartine recibió también a delegaciones de polacos, cartistas, alemanes, griegos, húngaros, irlandeses, saboyanos, belgas, portugueses, italianos. (Nere Basabe, 457)

¹⁸ A. Körner, “The European Dimension in the Ideas of 1848 and the Nationalization of its Memories”, A. Körner (ed.), *1848: A European Revolution? International Ideas and National Memories of 1848*, New

intentonas frustradas en Madrid, los días 26 de marzo y 7 de mayo, así como en Sevilla, Valencia, Alicante, Murcia, Cartagena, Zaragoza y Galicia. Tras estos fracasos los focos de agitación se trasladaron a algunos pueblos franceses cerca de la frontera, donde se establecieron numerosos españoles exiliados, muchos de ellos partícipes de los movimientos revolucionarios, otros meras víctimas de la represión. Los principales focos de conspiración se establecieron en Perpiñán y Bayona. Si bien había partidarios de la república, el objetivo más extendido entre los conspiradores era el establecimiento de una monarquía limitada encarnada en la figura de un “rey ciudadano” como Enrique de Borbón, primo de Isabel II que se había declarado demócrata a fin de febrero de ese mismo año. Los planes conspirativos que se fraguaron en las regiones fronterizas de Francia tuvieron como resultado la organización de toda una serie de expediciones militares al Ampurdán (Cataluña), que fueron disueltas sin mucha dificultad.¹⁹

Un año después eran algunos republicanos franceses los que, huyendo de la represión que siguió a las jornadas de junio, se trasladaron a España, como los blanquistas Maillard, establecido en Barcelona, o Cyrille Lacambre, que se instaló en Valencia. En esta última ciudad Lacambre estableció una sociedad clandestina, la “Sociedad del Mortero”, en correspondencia con grupos de Barcelona y Madrid, así como con Blanqui, que lo instaba “a extender sus contactos a Zaragoza, Málaga, Alicante, Tarragona y, si es posible, a otros puntos de la Península”.²⁰ A partir de la llegada al poder de Luis Napoleón Bonaparte, los contactos se intensificaron. En 1851, el cónsul español en Perpiñán alertaba contra una reunión que se planificaba entre algunos revolucionarios franceses y varios emisarios de la Junta democrática española, entre ellos José María Orense, Estanislao Figueras o Nicolás Rivero. También se informaba de las intrigas de algunos *demagogos* franceses como Battle d’Arles en Massanet y Camprodon, y de Carbonell, miembro del consejo general de Saillagouse que se desplazaba todos los domingos a Puigcerdá (en Cataluña) donde predicaba doctrinas subversivas. Al mismo tiempo se notificaba que algunos republicanos españoles se habían trasladado clandestinamente a Toulouse, refugiándose en las oficinas del periódico *L’Emancipation*.²¹

En cuanto a la década de 1860, sobresale también por la amplitud de los desplazamientos y la agitación. Una agitación más orientada hacia la conspiración y la organización de movimientos revolucionarios que hacia la propaganda. Un ejemplo interesante es el del republicano Eduardo Ruiz Pons, que en 1862 salió de España con la intención de alistarse en las tropas de Garibaldi. Al no permitírsele embarcar hacia Nápoles, permaneció un año en Génova, Pisa y Florencia y se trasladó, posteriormente, a Oporto, dónde llegó en julio de 1863. Meses después el cónsul en Lisboa aseguraba que se había convertido en la persona “más considerada” entre los emigrados.²² Las autoridades españolas, por su parte, advertían de que en Portugal existía “un centro que se ocupa de preparar movimientos revolucionarios en España, y que ese centro está encargado de nombrar los comisionados que han de ir a las provincias de Zaragoza,

York, Palgrave-MacMillan, 2004, p. 11.

¹⁹ AMAE, Affaires Diverses Politiques, nº5, 25-4-1848. *El Siglo*, 8-3-1848. F. Peyrou, “1848 et le parti démocratique espagnol”, *Le Mouvement Social*, 2011. C. Lida, “The Democratic and Social Republic of 1848 and its Repercussions in the Hispanic World”, G. Thomson (ed.), *The European Revolutions of 1848 and the Americas*, London, Institute of Latin American Studies, 2002.

²⁰ C. Lida, “Conspiradores e internacionalistas en vísperas de la revolución”, p. 53.

²¹ AMAEE, Perpiñán, H2013, cartas del 16-8—1851, del 21-7-1851 y del 7-7-1851; Bayona, H1831, carta del 4-9-1851.

²² AMAEE., H2866, “Movimientos revolucionarios”, Consulado en Lisboa, 26-2-1864 y 25-3-1864.

Barcelona, Gerona, Valencia, Granada y León”. Los objetivos, por el momento, se limitaban a “destruir lo existente” e impulsar la Unión Ibérica, y los contactos con los focos de conspiración existentes en España eran casi seguros. Además, Ruiz Pons mantenía correspondencia con Garrido, que después de haber residido en Londres como comisionado de Mazzini se había trasladado a Marsella en marzo de 1863, desde dónde se había desplazado en varias ocasiones a Bruselas con el fin de asistir a reuniones democráticas en concepto de “delegado” de las sociedades democráticas de Cataluña. Pero también ejercía de lazo entre los clubes españoles y el central de Londres. A fines de 1863 se aseguraba que había comprado de 500 a 1.000 fusiles que debían entrar por Cataluña. Era considerado como “uno de esos conspiradores consumados que jamás o muy difícilmente sueltan una prenda”.²³ _

A principios de 1864 el Ministerio del Interior español afirmaba que

“Los agentes revolucionarios de España conspiran y se entienden con los centros democráticos establecidos en algunas ciudades de Europa, y que Fernando Garrido, que desde algún tiempo está residiendo en el extranjero, es uno de los agentes más activos de Mazzini y el que une y relaciona los trabajos que se hacen en España, con los proyectos revolucionarios del llamado comité democrático de Europa”.

El informe señalaba particularmente la necesidad de vigilar a los españoles Francisco Barroso y José Genovés, que desde Génova promovían la “destrucción de las instituciones de nuestro país”. Barroso había hecho con Garibaldi la campaña de Sicilia, y en 1863 había estado en Turín en compañía del español Francisco Lafiguera.²⁴ También se recomendaba la vigilancia, en España, de los italianos Cristóforo Muratori y el coronel Porcelli de Santa Andrea, que en una visita a Lisboa se habían pronunciado contra la monarquía española.²⁵ Todas estas maniobras se enmarcaban en el lanzamiento de una “estrategia de acción nacional” por parte de los demócratas españoles desde la primavera de 1863. Se preveía “una serie de levantamientos democráticos en toda España con la ayuda de Portugal, encarnada en la mítica Legión Ibérica, y con la participación de veteranos del desmovilizado ejército de voluntarios de Garibaldi”. La acción culminaría con la aparición, el 2 de mayo de 1864, del propio Garibaldi en España, aunque no se le llegó a invitar formalmente. Según Guy Thomson, toda esta agitación formó parte, pese a todo, de la espiral revolucionaria que culminó en la revolución española 1868, que puso fin al reinado de Isabel II.²⁶

La agitación conspirativa que reinaba en Europa por aquel entonces queda bien reflejada en la declaración que un confidente llamado Firmín realizó en la legación española en Bélgica:

“Los jefes son Kossuth, Klapka, Garibaldi y Mazzini. Kossuth se encuentra en Maastricht con dos agentes con quienes prepara envíos de armas. Klapka está en Ginebra donde existe un comité húngaro, con fondos para la propaganda revolucionaria depositados en el Banco Suizo. Mazzini está en Londres, donde ha tenido hace dos días una entrevista con Garibaldi en Brook House. Su secretario, Quadrillo, ha ido a Lieja y ha sido recibido por los italianos encargados del control de las armas destinadas a Italia. No ha negado el viaje de varios italianos a España como representantes de comercio, que son en realidad agentes de Mazzini, con el objetivo de propagar las doctrinas. Tres españoles llegaron a Lieja y desaparecieron

²³ AMAEE., H2866, “Movimientos revolucionarios”, Vaamonde al marqués de Miraflores, 29-9-1863; Consulado en Lisboa, 29-3-1864 y 25-3-1864; Consulado en Marsella, 10-3-1863; Embajada española en París, 27-3-1864; Consulado en Marsella, 29-3-1864 y 27-4-1864.

²⁴ A.M.A.E.E H2866, “Movimientos revolucionarios”, Ministerio de Gobernación, 27-3-1864.

²⁵ A.M.A.E.E., H2866, “Movimientos revolucionarios”, Legación de España en Lisboa, 16-4-1864.

²⁶ G. Thomson, “Mazzini y España”, p. 47.

rápidamente: se llaman Ribeiro, Antonio y Ricardo, provenientes de Londres, están en este momento en París. En Lieja vieron a los italianos y a los agentes de Kossuth. Se han comprado 1000 fusiles, no se conoce bien el destino, pero se ha hablado de Matturo, Venaro, Nulis. No se conoce todavía la ruta de la expedición, se dijo que quizá pasaría por España. Las municiones serán trasladadas en cajas como las de los fusiles, bajo una capa de mercancías para esconderlas. Se ha hablado de enviar la pólvora en barricas de aceite o de vino. El responsable último es Mazzini. Kossuth ha comprado también varias armas para la insurrección húngara”.²⁷

Tras el fracaso, en 1866, de la sublevación de San Gil, la plana mayor del Partido Democrático español, y por tanto el foco más importante de conspiración, se trasladó a París. Allí se produjeron contactos con figuras del republicanismo francés como Benjamin Gastineau. Este último, de hecho, dejó testimonio de una cena de confraternización que se celebró en la residencia de Emilio Castelar, en Auteil, a la que también asistió Leballeur-Villiers. Tras beber vinos españoles y brindar por los demócratas españoles, el banquete terminó con la promesa de “trabajar arduamente por la gran obra de la emancipación española”.²⁸ Por lo demás, José María Orense se instaló en Burdeos, donde organizó un “Círculo democrático”, y Roque Barcia se estableció en Oporto, donde también puso en marcha una Junta Revolucionaria. Existe poca información acerca de los contactos que se establecieron durante el bienio que precedió a la *Gloriosa*. C. Lida ha señalado que algunos demócratas entraron en contacto, entonces, con el internacionalismo, y de hecho Castelar asistió al Congreso de Ginebra de septiembre de 1866.²⁹ Pero en ese momento todos los esfuerzos se concentraron en promover la revolución en España.

En cualquier caso, lo que me interesa destacar en este texto es que no sólo los activistas circulaban y se relacionaban. La presencia de los discursos democráticos europeos en la esfera pública española fue importante, sobre todo en la prensa, que publicaba constantemente noticias y referencias de las actividades, proclamas, manifiestos, vicisitudes y proyectos de los principales activistas democráticos. En este sentido, convendría subrayar que si los viajes y desplazamientos estuvieron reservados a los dirigentes más activos, los discursos llegaron a una gran mayoría de demócratas y a una parte (de acuerdo con algunos indicios a los que me referiré más adelante, aunque sería imposible proporcionar una cifra siquiera aproximada) de sus bases sociales, ya que eran leídos y discutidos en sociedades patrióticas, círculos de lectura o clubs. Por poner sólo algunos ejemplos, en 1838 *El Eco del Comercio* señalaba que *Las palabras de un creyente* y *El Libro del Pueblo*, de Lamennais, habían sido traducidos al español y “bien acogidas” en España. Añadía que “bueno es siempre que se arrojen fecundas semillas de principios democrático morales, para que vayan germinando al paso que permitan nuestras circunstancias, y para que puedan fructificar un día resplandeciendo el verdadero espíritu de la libertad”. En 1842, el mismo periódico recomendaba a sus lectores la *Teoría Societaria* de Carlos Fourier y un año después informaba del banquete que se había celebrado en París, con asistencia de más de 500 personas, para conmemorar el aniversario de su muerte. Victor Considérant, a la sazón director de *La Phalange*, había leído un largo discurso en que señalaba los progresos de la escuela societaria.³⁰

En 1844, *El Espectador* recomendaba la lectura de *La Reforme*, de París, y de *L'Emancipation* de Toulouse, mientras que dos años más tarde *El Clamor Público*

²⁷ A.M.A.E.E., H2866, “Movimientos revolucionarios”, Legación de España en Bélgica, 12-4-1864.

²⁸ B. Gastineau, *Les victimes d'Isabelle II la Catholique*, París, 1868.

²⁹ C. Lida, “Conspiradores e internacionalistas en vísperas de la revolución”.

³⁰ *El Eco del Comercio*, 13-8-1838, 13-6-1842 y 21-4-1843.

informaba de la proclama titulada “La democracia francesa a la democracia europea” lanzada por Lamennais y Ledru Rollin con motivo de la decisión de “agregar Cracovia al Imperio de Austria”. En 1847, el mismo periódico publicaba el discurso pronunciado por Victor Considérant en un nuevo banquete celebrado en París con ocasión del noveno aniversario del fallecimiento de Fourier, así como un largo análisis de *De la démocratie en Amérique* de Tocqueville.³¹

El 29 de febrero de 1848 se publicaba la noticia del establecimiento de la República en Francia. Se afirmaba que “el pueblo que inició la revolución y enseñó a las naciones a ser libres” se había sumido en el envilecimiento y la degradación durante la monarquía de julio. A partir de ese día se publicaron detalladas reseñas del desarrollo de los acontecimientos, así como proclamas y decretos gubernamentales, fragmentos de periódicos como *La Démocratie Pacifique*, *La Réforme*, *Le National*, *Le Constitutionnel*, *Le Moniteur* y *La Gazette de France*, y de discusiones en la Cámara de diputados del país vecino. *El Clamor* publicaba incluso un fragmento del periódico londinense *The Sun*, que felicitaba a los “heroicos franceses” por la revolución y señalaba que “la Inglaterra” admiraba “los progresos de vuestra revolución con heroico y fraternal interés”.³² En 1848, además, *El Eco del Comercio* publicaba la “felicitación dirigida a la dieta helvética” por Michelet y Quinet, donde decían que “la Calabria, la Polonia, toda la tierra humea con la sangre de nuestros mártires, de los mártires de la libertad”, y la carta de Mazzini a Pío IX.³³

El 21 de febrero de 1849 *El Clamor* anunciaba la proclamación de la República en Roma y el desembarco de Mazzini en Liorna. También se informaba del funcionamiento regular del gobierno provisional de Florencia y se insertaba una proclama de Guerrazzi, Mazzoni y Montanelli. También en esa ocasión la información sobre la marcha de los asuntos italianos fue detallada, se reseñaron los actos de las distintas asambleas y se insertaron proclamas y manifiestos como el que dirigió la República de Roma “a todos los pueblos”. En 1849, además, se informó de la reunión celebrada en Londres por los *Demócratas Fraternal* en honor de Ledru Rollin y otros emigrados franceses, y se anunció que en breve aparecería en Losana el periódico *La Alianza de los Pueblos*, redactado por el suizo Galcer con la colaboración de Pyat, Herzen, Mazzini, Thore o Rolland. El periódico defendía “el principio de la libertad igual para todos en todas las regiones de la existencia social”.³⁴

En 1850, *El Pueblo* publicaba un discurso de Víctor Hugo en favor de la libertad de imprenta, mientras que *El Clamor* informaba de la publicación del segundo número de *El Proscrito*, diario publicado en Londres por Ledru-Rollin que funcionaba como órgano de los emigrados políticos de Francia, Polonia, Italia y Alemania. Se informaba particularmente del Manifiesto, que aparecía en el mencionado periódico, que sobre el estado del *partido liberal* en Europa habían lanzado Ledru-Rollin, Mazzini, Ruge y Darasz. Se anunciaba, además, la revista *L'Italia del Popolo*, que publicaba Mazzini en Losana. Esta revista se podía suscribir en Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Cádiz, Valladolid, Zaragoza, Santander, Málaga y Vitoria.³⁵

³¹ *El Espectador*, 26-7-1844; *El Clamor Público*, 8-12-1846, 7-4-1847, 29-9-1847.

³² *El Clamor Público*, 1 y 7-3-1848.

³³ *El Eco del Comercio*, 5-1-1848 y 15-2-1848.

³⁴ *El Clamor Público*, 21-2-1849, 21-3-1849, 30-11-1849. *El Eco del Comercio*, 18-11-1849.

³⁵ *El Pueblo*, 16-7-1850, *El Clamor Público*, 17-8-1850 y 23-1-1850.

Un año después, *El Tribuno del Pueblo* publicaba la “carta a los obreros franceses” de Félix Pyat, el Manifiesto a los Marsellese de Kossuth y anunciaba la primera entrega de “Los mártires de la libertad” de Esquiros.³⁶ Por esas fechas *El Clamor* reseñaba una carta enviada por Mazzini al Comité Central de Londres, en la que informaba de la situación de Europa continental. En ella aseguraba que su objetivo era la reforma de la sociedad, la destrucción de “las antiguas instituciones que restringen la libertad y se oponen al mejor bienestar de los pueblos”. Este periódico también publicó un fragmento del Manifiesto lanzado en Londres por Ledru Rollin, Darasz, Mazzini y Ruge, así como el comunicado que estos cuatro revolucionarios dirigieron a los italianos. En 1852 publicó también varios discursos o manifiestos de Mazzini y un año más parte reprodujo los Manifiestos dirigidos por Mazzini a los Italianos y Kossuth a los húngaros.³⁷ Al mismo tiempo *La Voz del Pueblo* insertaba un discurso de Victor Hugo en Jersey.³⁸

A lo largo de 1854, *La Soberanía Nacional* publicó varios artículos de Mazzini, y un año después hizo lo propio con artículos de Kossuth, reprodujo el Manifiesto “Al pueblo”, de Louis Blanc y el Manifiesto a la Democracia Europea de Kossuth, Ledru-Rollin y Mazzini.³⁹ Por entonces *Adelante* informaba sobre el periódico *L'Homme* defensor de la “democracia universal” y redactado por Mazzini y Pyat, entre otros (2-3-55) y *La Democracia* publicaba la “Carta a Marianne” redactada por este último, Rougée y Jourdain. Un fragmento de esta “Carta” también fue publicado por *El Clamor Público*: “Salve Mariana, llena de fuerza, el pueblo es contigo, bendito es el fruto de tus entrañas, la república. Santa Mariana, madre del derecho, apiádate de nosotros, libértanos”.⁴⁰

Desde finales de los años 1850 y durante parte de la década de 1860 el periódico democrático *La Discusión*, prácticamente el único que se publicó durante varios años debido a la represión, llevó a cabo un verdadero seguimiento de las peripecias y avatares de Mazzini, Garibaldi y los revolucionarios italianos. Pero además se publicaron fragmentos de Manifiestos, de artículos o de cartas, sobre todo escritos por el primero. Destacan en este sentido el Manifiesto sobre la cuestión italiana, el Manifiesto “Ni apóstoles ni rebeldes”, la carta a la Sociedad de Socorros Mutuos de Liorna, la carta a los Operarios de Nápoles, la carta a la Sociedad Unitaria Emancipadora de Florencia o el artículo “Los franceses en Roma”, todos ellos salidos de la pluma del genovés. También se publicaron varias cartas de Kossuth: al Comité Garibaldino de Londres, al Coronel Foldvary, y al propio José María Orense, unos meses después del triunfo de la *Gloriosa*: “nos hemos encontrado en el destierro y hemos sido amigos”, empezaba Kossuth. “La alta estimación en que tengo vuestro gran carácter (...) me obliga a enviaros un saludo fraternal con mis felicitaciones por el renacimiento de vuestra noble patria”.⁴¹ En 1865, además, se informó de la celebración en París de un banquete fraternal organizado para conmemorar el nacimiento de Fourier, y se anunció la publicación de un nuevo libro de Louis Blanc, *Cartas sobre Inglaterra*.⁴²

³⁶ *El Tribuno del Pueblo*, 5, 8, 10-10-51.

³⁷ *El Clamor Público*, 21-5-1851, 17-6-51, 20-8-51, 20-2-52, 27-3-52, 1-4-52, 18-2-53.

³⁸ *La Voz del Pueblo*, 3-9-1853.

³⁹ I. Pascual, *La Italia del Risorgimento*, p. 314; *La Soberanía Nacional*, 13-2-55, 14-6-55, 24-7-55, 31-7-55, 11-10-55.

⁴⁰ *Adelante*, 2-3-1855; *El Clamor Público*, 22-3-1856.

⁴¹ *La Discusión*, 23-8-1859, 5-10-1860, 25-5-1861, 1-10-1861, 30-5-1862, 6-8-1862, 1-1-1861. La carta de Kossuth a Orense, en *La Discusión*, 16-12-1868.

⁴² *La Discusión*, 12-4-1865, 17-11-1865.

Los republicanos y demócratas españoles se esforzaron además por difundir toda una serie de obras político-sociales y económicas que consideraban especialmente relevantes (la mayoría de las cuales estaban escritas por ilustres demócratas): en 1850 la **Biblioteca Ilustrada** del editor Gaspar y Roig, que dirigía el republicano Eduardo Chao, anunciaba la publicación “más barata de cuantas se han hecho hasta el día en España”, de obras de Lamartine, Esquiros, Lamennais, Rousseau, Platon, Ciceron, Guizot, Chateaubriand, Pascal, Sue, Constant, Voltaire y Washington Irving, entre otros. Cinco años más tarde se anunciaba la **Biblioteca del hombre libre**, que incluía obras de Lamennais, Maquiavelo, Esquiros, Volney, Tocqueville y Proudhon. En 1865, *La Discusión* anunciaba el establecimiento de una empresa editorial que traduciría, para “dar a conocer el movimiento científico y revolucionario de Europa”, obras de Fourier, Saint-Simon, Proudhon, Blanc, Littré, Enfantin, Quinet, Michelet, Pelletan, Esquiros, Hugo, Leroux, Considérant, Comte, Laurent, Renan, Blanqui, Bastiat, Garnier, Laboulaye, Dunoyer, Wolowski, Prescott, Dupont White, Nuchner, Moleschott, Vogt y Czolbe.⁴³

Lo cierto es que la mayoría de los principales demócratas y republicanos españoles conocían de manera bastante exhaustiva la obra de los principales filósofos, economistas, políticos o publicistas europeos, y estaban muy al tanto del contexto internacional en que vivían, así como de la situación y la historia de los países que los rodeaban. Cámara, por ejemplo, citaba en un folleto publicado en 1848 (*Espíritu moderno*) a Dunoyer, Bastiat, Blanqui, Chevalier, Leplay, Leroux, Proudhon, Blanc, Considérant, Bacon, Condillac, Renouvier, Constant y Toussenel, mientras que Baralt y Fernández Cuesta, en sus *Programas políticos* (1849) citaban a Rousseau, Hobbes, Saint Simon, Cabet, Fourier, Owen, Proudhon, Thiers, Girardin, Cousin, Tocqueville, Buchez, Guizot, Saisset, Sismondi, Lamennais, Bentham, Smith, Say, Montesquieu, Tocqueville y *El Federalista*. Por su parte, Ayguals de Izco dominaba el inglés y el francés y leyó en sus lenguas originales a Cobden, Peel, Bastiat, Owen, Proudhon, Cabet, Blanqui, Rousseau, Lamennais, Lamartine, Victor Hugo, Sand, Guizot, Thiers, Voltaire y a muchos literatos como Butler, Chaucer, Spencer, Byron, Walter Scott, Young, Collins, Coleridge, Tennyson, Dickens, Thackeray, Shakespeare, Milton y Pope, o Beranger, Dumas, Cousin, Musset, Ronsard, Chateaubriand, Soulié y Balzac.⁴⁴

Por otro lado, los discursos democráticos españoles también tuvieron cierto impacto en la prensa democrática europea, aunque la información con la que cuento a este respecto es muy escasa. Sabemos que Cabet, en su folleto “Bombardement de Barcelone” (1843) reprodujo el prospecto del periódico *El Republicano*, así como todos los manifiestos que circularon y las noticias que se publicaron en la prensa europea a raíz de la insurrección barcelonesa de 1842.⁴⁵ En 1856, Emilio Castelar publicó en *La Democracia* el artículo “Despierta Italia”, que fue traducido y publicado en Turín. Posteriormente recibió una carta de agradecimiento de varios revolucionarios italianos. En 1861 *El Pueblo* publicó el programa del partido democrático italiano, mientras que *La Nuova Europa* hacía lo propio con el del partido democrático español.⁴⁶ Los artículos de los periódicos democráticos debían circular con rapidez y en muchas ocasiones eran traducidos y reproducidos, íntegra o parcialmente. En 1863, por ejemplo, Ruiz Pons escribía a

⁴³ *El Clamor Público*, 3-11-1850, *La Discusión*, 26-12-1865.

⁴⁴ S. Cámara, *Espíritu moderno*, Madrid, 1848; R. Baralt y N. Fernández Cuesta, *Programas políticos*, Madrid, 1849; R. Benítez, *Ideología del folletín español: Wenceslao Ayguals de Izco (1801-1873)*, Madrid, 1979, p. 10-12.

⁴⁵ I. Zavala, *Masones, comuneros y carbonarios*, p. 181.

⁴⁶ I. Pascual, *La Italia del Risorgimento*, p. 294, 299.

Eugenio García Ruiz, director del diario democrático español *El Pueblo* que “mucho ha complacido a los demócratas florentinos la idea que en *El Pueblo* del 3 expresas para promover un comité europeo en favor de Polonia; como verás por *La Nuova Europa* de hoy, este periódico copia con elogio tu artículo”.⁴⁷ También demócratas españoles escribían directamente artículos en periódicos democráticos de otros países. Entre 1861 y 1863 Castelar, Garrido y Ruiz Pons publicaron en los periódicos italianos *L'Unità Italiana* (Floencia y Génova) y *La Nuova Europa* (Génova). Ruiz Pons, a partir de 1864, también escribió en Oporto numerosos artículos de denuncia contra los abusos de los tribunales de la Unión Liberal, sobre todo en las páginas de *O Nacional*.⁴⁸ En este diario, por último, Romualdo Lafuente publicó un proyecto de constitución federal.⁴⁹

Por otro lado, Orense publicó en Bruselas, en 1853, su *Histoire du parti liberal en Espagne*, traducido al francés por Louis Avril. En este folleto defendía el establecimiento en Europa de un sistema de verdadera libertad y reformas que sellara la alianza de los pueblos, para que desapareciera todo espíritu de conquista y violencia. A su juicio, este sistema era defendido en Inglaterra por los radicales y en Francia, por los republicanos.⁵⁰ En 1859, salió en Lisboa *A União Iberica*, escrita por Sixto Cámara y con prefacio de José María Latino Coelho. Fernando Garrido publicó en francés, en 1862, *L'Espagne Contemporaine*, y este texto fue traducido al alemán por Arnold Ruge en 1867 (*Das Heutige Spanien*). Su *Historia de las persecuciones políticas y religiosas en Europa*, además, fue traducida al inglés (*The History of political and religious persecutions*, Londres, 1876-79) y al portugués (*Historia das perseguições politicas e religiosas ocorridas em Hespanha e Portugal desde a idade media até aos nossos dias*, Lisboa, 1881). *Las Nacionalidades*, de Pi y Margall, fue traducido al francés en 1879 (*Les Nationalités. Essai de philosophie politique*).

En cuanto a Castelar, en 1869-70 se editaron en Würzburg varios de sus discursos parlamentarios: “Rede über Monarchie und Republik”, “Rede über die Gewissensfreiheit”, “Rede über die unverausserlichen Menschenrechte”, “Rede gegen die Sklaverei”, “Rede über Religions-Freiheit”. Posteriormente se tradujeron los discursos “L'Europe Républicaine” (Bruxelles, 1870), “Religious Liberty. A speech delivered in the Spanish Cortes, on May 9th, 1876” (London, 1876) y “A alliança helleno-latina; discurso pronunciado por Emilio Castellar no dia 4 de novembro em Pariz” (Porto, 1886). Por lo demás, sus *Recuerdos de Italia* (1872) fueron traducidos al italiano (*Ricordi d'Italia*, 1873), al inglés (*Old Rome and New Italy*, 1873) y al húngaro (, 1895). Castelar publicó también *A Historia de Portugal de Oliveira Martins* (Porto, 1884), *Garibaldi* (Firenze, 1882), *La politique européenne* (París, 1897), *La question armenienne* (París, 1887)

Todos estos contactos e intercambios favorecieron entonces una cierta uniformización de los proyectos, las prácticas y los imaginarios de los demócratas europeos. Pero sobre todo impulsaron la propia percepción que muchos de ellos tenían de formar parte de un movimiento más amplio, la *democracia europea*, con unos principios y objetivos compartidos y con unos orígenes y un destino comunes. Fue el caso, desde luego, de la

⁴⁷ *La Discusión*, 20-2-1863.

⁴⁸ Se trata de los artículos titulados “La justicia en España”, en *O Nacional*, publicados entre abril y mayo de 1864.

⁴⁹ *O Nacional* , 26-4-1864; 29-4-1864; 13-5-1864.

⁵⁰ J. M. Orense, *Histoire du parti liberal en Espagne*.

mayoría de los demócratas y republicanos españoles. Como Mazzini, consideraban que “nuestra guerra es la (...) de la libertad en el mundo”.⁵¹

¿Una identidad europea?

Demócratas de distintas latitudes coincidían en situar los orígenes de la *democracia europea*, unos orígenes evidentemente míticos, en la Independencia de los Estados Unidos y sobre todo en la Revolución Francesa, que había proclamado los derechos del hombre y “la idea de la justicia internacional”. En el caso de España se añadía otro mito fundacional: la Guerra de la Independencia (1808-1814) y las Cortes de Cádiz (1812). Todo ello en el marco de una visión de la historia, también generalmente compartida y derivada de Michelet, como una lucha dialéctica entre “la luz y las tinieblas, entre el movimiento y la inmovilidad”; entre los pueblos, que aspiraban a “establecer su propio derecho, a emanciparse del yugo, a gobernarse por sí mismos según la justicia” y los monarcas, que pretendían conservar “el derecho que suponen tener de Dios para gobernar y poseer hombres”.⁵² Una lucha en la que la democracia era vista, por influencia de Tocqueville y de la idea del progreso de Condorcet (un progreso que se vinculaba a la libertad), como una fuerza imparable, como “la gran idea del siglo”, como un movimiento “que arrastra(ba) Europa”. Con ello se pretendía indudablemente reclutar partidarios, y mantener los ánimos y la disposición a la acción de los activistas. En 1851, Mazzini afirmaba que “la causa de la libertad ha hecho grandes progresos en Europa”, y dos años después señalaba que “toda la superficie de Europa, desde España hasta nuestro país, desde la Grecia hasta la santa Polonia, es una tierra volcánica, bajo la cual duerme una lava que hará explosión al primer levantamiento de Italia”.⁵³ Castelar, por su parte, consideraba que la democracia, “una doctrina que está de tal suerte arraigada en el espíritu del tiempo, no podrá ser ni detenida, ni contrastada por ningún esfuerzo”, y añadía que “la democracia progresa en todos los países de Europa e impulsa la civilización de nuestro siglo”. Por todo ello, decía *La Discusión*, “el porvenir es nuestro, en todos los países de Europa, el triunfo es nuestro, el triunfo es de la democracia”.⁵⁴

Pero para lograr ese triunfo, decía Mazzini, “todos los pueblos de Europa” debían conformar una “Santa Alianza” de los oprimidos unidos por fuertes lazos de fraternidad.⁵⁵ La “alianza de los libertadores”, decía Galcer en *La Alianza de los Pueblos*, que reemplazaría “en todas partes la aristocracia por el mérito, la burocracia por los funcionarios del pueblo, los ejércitos permanentes por el armamento del pueblo, el despotismo de la hacienda por la protección del trabajo”.⁵⁶ El objetivo común, y la magnitud del adversario a combatir hacía necesario, en efecto, aunar todos los esfuerzos: Mazzini, Darasz, Ledru Rollin y Ruge señalaban en uno de sus Manifiestos que la causa de la libertad sólo podía triunfar mediante una “explosión simultánea de todos los pueblos y de su solidaridad fraternal”.⁵⁷ Una revolución nacional, explicaba el primero, no podía permanecer aislada, por lo que el grito de guerra debía sonar en toda

⁵¹ *El Clamor público*, 18-2-1853.

⁵² *El Clamor Público*, 20-8-1851; F. Garrido, “la unidad italiana y la unidad ibérica”, *La Discusión*, 25-5-1865.

⁵³ *El Clamor Público*, 18-2-1853.

⁵⁴ “La democracia y la discusión”, *La Discusión*, 21-8-60; “La democracia europea”, *La Discusión*, 14-12-59. *La Discusión*, 23-3-62

⁵⁵ *El Clamor Público*, 18-2-1853.

⁵⁶ *Eco del Comercio*, 18-11-49

⁵⁷ *El Clamor Público*, 20-8-1851.

Europa por igual. (1852) También Considérant pensaba que democracia era sinónimo de “democracia europea”, no podía existir si no se establecía simultáneamente en Europa dando lugar a una confederación.⁵⁸ Y Garrido explicaba que “las cuestiones locales y nacionales están (...) sometidas a la gran cuestión general. Un pueblo no puede ser libre rodeado de pueblos esclavos, porque la esclavitud de unos es constante amenaza para la libertad de los otros; la solidaridad de la ley se impone lo mismo a los pueblos que a los individuos, y la libertad de cada uno no puede ser más que la libertad de todos”.⁵⁹ Por eso se multiplicaban los llamamientos a la unión: Lamennais escribía en 1847 su proclama “A la démocratie européenne, la démocratie française” en la que pedía a los demócratas de todo el mundo, « hermanos » unidos por la misma fe y las mismas esperanzas, « une même action qui ne se relâche jamais. Elevez, au milieu de l’Europe asservie, le signe de l’affranchissement ». ⁶⁰ Mientras que *La Discusión* pedía “que la democracia europea se levante en todas partes con una misma enseña, con un mismo nombre, con una misma doctrina”.⁶¹

Existía desde este punto de vista la convicción de que un **destino común** ligaba a todos los demócratas europeos, de que los proyectos particulares eran indisociables del proyecto general, de que los avances y retrocesos de unos repercutían intensamente en los de los demás. Como señaló Harney “un golpe contra la libertad a orillas del Tajo es igual que un golpe contra la libertad a orillas del Támesis; una victoria del republicanismo en Francia significaría el fin de la tiranía en el mundo entero; el triunfo de la Carta democrática inglesa implicaría la libertad para millones de individuos en Europa”.⁶²

Este tipo de consideraciones se hizo especialmente evidente con el establecimiento de la II República Francesa. Muchos pensaron entonces que los sucesos franceses *tenían que* precipitar la emancipación de los pueblos europeos. La revolución, como indicó el demócrata español exiliado Victoriano Ametller a los miembros de la Asamblea Francesa, era una llama que debía propagarse hasta sus últimos límites o perecer. Por eso varios miembros del Gobierno Provisional, como Garnier Pagès, Marrast, Ledru Rollin o Louis Blanc defendieron decididamente un intervencionismo francés para contribuir a “la croisade générale des peuples contre les rois”. Lamartine, sin embargo, se limitó a apoyar a los demócratas europeos “de manera verbal y siempre sin compromisos prácticos”.⁶³

Los demócratas europeos compartían el objetivo final: la alianza de las naciones, la unidad europea que en proyectos variados – con los precedentes de St. Pierre, Rousseau, Kant – habían defendido los sansimonianos en las páginas de *Le Globe*, Buchez desde *L’Européen*, Lamennais en *L’Avenir* y posteriormente Considérant, Leroux, Mazzini, Ruge, Victor Hugo, Enfantin... Por lo general se soñaba con una confederación europea – inspirada en los modelos de Suiza y EEUU – basada en un nuevo derecho de gentes internacional que aseguraría la paz continental a través del arbitraje de los conflictos por parte de un tribunal especial. Este tipo de ideas se defendieron en los numerosos Congresos por la Paz y la Unidad de Europa que se celebraron en Londres (1843 y

⁵⁸ N. Basabe, *Del Imperio a la Federación. La idea de Europa en Francia, 1800-1848*, Tesis Doctoral, UCM, Madrid, 2010, p. 489, 498.

⁵⁹ *La Discusión*, 25-5-1865.

⁶⁰ N. Basabe, *Del Imperio*, p. 481.

⁶¹ *La Discusión*, 23-3-1862.

⁶² N. Basabe, *Del Imperio*, p. 472.

⁶³ N. Basabe, *Del Imperio*, p. 453, 454, 457.

1851), Bruselas (1848), París (1849), Francfort (1850), Edimburgo (1853), Ginebra (1861 y 1867 – a este último asistieron Victor Hugo, Quinet, Favre, Reclus, Stuart Mill y Castelar, y de él surgió el proyecto de Liga para la Paz y la Libertad que publicó el periódico *Les Etats Unis d'Europe* de 1868 a 1939).⁶⁴

En España, *El Eco del Comercio* pidió en marzo de 1848 la formación de una “confederación europea”, de unos “Estados Unidos de Europa”, porque esta última constituía “sólo una gran nación, aunque dividida en varias provincias”. Unos años después, Orense señalaba que la marcha de las ideas en Europa tendía al establecimiento de un sistema lo más parecido posible al de los Estados Unidos, y Garrido pedía “la federación de todas las naciones de Europa, con el fin de facilitar el desarme de todos los ejércitos”. Las contiendas se dirimirían en “parlamentos europeos”. La federación permitiría “estrechar los lazos que unen a las razas del continente”, permitir la libertad de comercio y la libre circulación de “cosas y personas”.⁶⁵ Por su parte, los asistentes al banquete que celebró Castelar, en 1866, en París, proclamaron

comme la seule issue possible aux débats des peuples contre le despotisme, l'ère et l'avènement des Etats-Unis d'Europe, la constitution démocratique des différentes nations réglant librement leurs rapports politiques et commerciaux, établissant une amphictyonie composée de représentants élus par chaque groupe européen.⁶⁶

Ahora bien, el proyecto de Mazzini consistía en una “alianza de las naciones”, y los demócratas españoles, en su mayoría, también querían “unir nacionalidades ya constituidas por la historia”.⁶⁷ La nación por tanto seguía siendo el marco básico de referencia y de acción y la base de la identidad individual y social. Una nación que, por cierto, se concebía en términos muy similares a los empleados por Mazzini.⁶⁸ *La Discusión* proclamó en 1860 que “antes que demócratas” eran “españoles” y afirmó después que los demócratas españoles eran “amantes de la patria”, y tenían muy “arraigada en el alma las ideas de nacionalidad”.⁶⁹ Pero esta identidad nacional estaba muy ligada al sentimiento de pertenencia a esa comunidad imaginada transnacional democrática; estaba entrelazada con una identidad más amplia marcada por el activismo, la lucha, la proscripción. Y esta identidad se reforzaba por la rapidez con que circulaba la información y se traducían textos, proclamas y manifiestos. Los demócratas europeos se consideraban **patriotas defensores de la emancipación de todos los pueblos**; estaban unidos por los lazos fraternales que generaba el hecho de ser víctimas de la misma tiranía, de estar consagrados a una misión similar plagada de idénticos peligros y obstáculos. Una misión, además, sagrada, que los convertía en mártires y apóstoles, permanentemente dispuestos al sacrificio. Como dijo Considérant en un discurso que se publicó en España, tras haber “atravesado el mar y el desierto” y combatir desde “hace seis mil y más años (...) a los tiranos de la tierra”, “cada día van

⁶⁴ M. V. López Córdón, *El pensamiento político internacional del federalismo español*, p. 39-41.

⁶⁵ N. Basabe, *Del Imperio*, p. 514. J. M. Orense, *Histoire du parti liberal*

⁶⁶ B. Gastineau, *Les victimes d'Isabelle II la Catholique*, Paris, 1868.

⁶⁷ *La Discusión*, 28-5-1870.

⁶⁸ Mazzini definió la nación como “la universalidad de los ciudadanos hablando la misma lengua, asociados, con igualdad de derechos civiles y patrióticos, con el intento común de desarrollar y perfeccionar las fuerzas sociales y la actividad de estas fuerzas”; el periódico republicano *El Huracán*, por su parte, la describió como la “universalidad de los ciudadanos que usan del mismo idioma; asociados con igualdad de derechos civiles y políticos, con objeto común de desarrollar y perfeccionar progresivamente las fuerzas sociales y la actividad de estas fuerzas”. *El Huracán*, 27-3-1841.

⁶⁹ *La Discusión*, 2-5-1866.

creciendo nuestras legiones” porque “el soplo de Dios está hinchando nuestras banderas”. “Nuestra obligación es ya sacerdotal” porque aunque “las antiguas potencias se debilitan y están vacilando”, “los pueblos sufren y mueren”.⁷⁰

Los demócratas europeos, en definitiva, se consideraban miembros de una comunidad democrática transnacional; sus acciones eran vistas como parte de una secuencia interdependiente en la que los pasos de unos eran continuados por los de otros en el marco de una marea libertadora irrefrenable. En noviembre de 1868, por ejemplo, *La Discusión* consideraba a Riego como “el heredero de los revolucionarios franceses, (...) el representante de la libertad de Europa protestando contra el despotismo real y la intolerancia religiosa de los coaligados en 1815”. Por las mismas fechas, Felix Pyat felicitaba al pueblo español afirmando que “vuestra causa es la nuestra, vuestra victoria es la nuestra también”. “Vuestro programa es el de toda Europa y sobre todo el de Francia”.⁷¹ Marie-Angèle Orobon ha señalado, en una línea similar, que la guerra franco-prusiana que tuvo lugar poco después fue interpretada por muchos republicanos españoles y franceses como un combate entre la democracia y el despotismo europeos más que como una lucha entre dos naciones particulares.⁷²

De este modo se fue configurando una identidad de *demócrata europeo* que se vinculaba a las vicisitudes de la dinámica política continental. Una identidad que se forjaba a través de viajes y exilios, pero también a partir de la lectura de los numerosos textos y discursos democráticos que eran publicados en los periódicos nacionales. Una identidad que se reforzaba, por último, mediante la constante re-creación de un **panteón de héroes y mártires común**. En 1849, por ejemplo, *El Clamor Público* publicó unas breves semblanzas de los principales diputados republicanos franceses. Ledru-Rollin era la “notabilidad europea en quien más esperanzas funda la democracia toda”. Felix Pyat era un “joven ardiente y republicano decidido, (...) uno de los oradores más lógicos y brillantes de la Asamblea Nacional”. Lamennais era un “patriarca de la libertad como Beranger, Dupont de l’Eure y otros pocos”; Considérant, “uno de los hombres más eruditos de Francia y de la Europa entera” y Pierre Leroux, “filósofo socialista conocido por su honradez tanto como por su valor cívico”.⁷³ Durante los años 1871-1872, *La Ilustración Republicana Federal* publicó, junto con varias semblanzas de los héroes españoles Sixto Cámara, Rafael Guillén, Cristóbal Bohórquez y Froilán Carvajal, homenajes a personajes como Daniele Manin “una de las más grandes figuras de nuestro siglo, honra y orgullo del gran partido republicano” (10-9-71) Giuseppe Garibaldi, “adalid invencible de la libertad y la república” (27-8-71), Lajos Kossuth, “uno de los hombres de más valía y que con más grande fe y mayor entusiasmo y energía aspiran a la emancipación del pueblo” (17-9-71) o Giuseppe Mazzini, “el hombre más importante, la figura más gigantesca de la política contemporánea”:

“Revolucionario enérgico, ha sacrificado su vida en aras de la libertad; filósofo práctico, ha abogado por la unión de todos los pueblos; político profundo, ha propagado constantemente la idea republicana; agitador incansable, ha turbado el sueño de todos los déspotas. Protagonista de todas las revoluciones, siempre perseguido, nunca fatigado, Mazzini, coronado con el laurel de los héroes y con el nimbo luminoso de los mártires, ha sido el genio que ha desencadenado en Europa los vientos de las tempestades

⁷⁰ *El Clamor público*, 29-9-1847.

⁷¹ *La Discusión*, 6-11-1868, 17-10-1868.

⁷² M. A. Orobon, “États-Unis d’Europe, République universelle et fraternité latine: la guerre franco-allemande de 1870 et la renaissance des utopies republicaines en Espagne”, L.P Martin, J. P. Pellegrinetti, J. Guedj (eds.), *La République en Méditerranée. Diffusions, espaces et cultures républicaines en France, Italie et Espagne (XVIII-XX siècles)*, Paris, L’Harmattan, 2012.

⁷³ *El Clamor Público*, 26-5-1849.

políticas, y el gran obrero que ha contribuido a disipar el caos de la sociedad moderna, del que ha de salir el mundo de la República”. (3-9-71)

Posteriormente, la obra *Los mártires de la república* (1873) combinó también biografías de republicanos de procedencia diversa como Sixto Cámara, Rafael Guillén, Abraham Lincoln, Giuseppe Mazzini y Lajos Kossuth. Mártires de una causa común, cuya memoria era periódicamente recordada y celebrada, con el fin de arraigarla “en el corazón de todos los buenos republicanos, de todos los hombres que aman sinceramente la libertad de su patria, de esta patria hoy hollada y escarnecida”.⁷⁴ En España, uno de los ídolos más importantes fue indudablemente Giuseppe Garibaldi, sobre todo a partir de 1859, cuando comienzan sus éxitos militares en el sur de Italia. Castelar, por ejemplo, afirmaría posteriormente que

“Redactábamos (...) *La Discusión* todos los escritores más decididos por la democracia, y así como experimentamos acerbos amarguras en el combate diario, también experimentamos indecibles alegrías en los progresos y triunfos de la libertad europea. Pero no recuerdo período ninguno de tanta satisfacción como el período de las grandes empresas garibaldinas por el cincuenta y nueve y el sesenta.”⁷⁵

Garibaldi se convirtió en el prototipo del líder democrático, siempre dispuesto a la acción y a la conspiración. Era el “rudo hijo del pueblo” que, junto con Castelar, “campeón ilustre de la libertad”, formaba para algunos el modelo de masculinidad democrática frente a esos “jóvenes almibarados” que sólo empleaban “su talento en formar con gracia el nudo de su corbata”.⁷⁶

Pero, ¿hasta dónde llegaron estas imágenes y discursos? ¿Trascendieron a los principales activistas y publicistas demócratas y republicanos españoles? ¿Llegaron a sus bases populares? Por la falta de documentación, esta pregunta resulta muy difícil de responder de manera satisfactoria. Únicamente puedo proporcionar algunos indicios que podrían conducir a una respuesta afirmativa. En 1855, un individuo llamado Rafael Guerrero fue detenido en Nules (Castellón) junto con otros tres individuos que trataban de “levantar una partida en sentido republicano”. En el momento de su detención, Guerrero estaba en posesión, entre otros papeles, de un manifiesto redactado en Londres en junio de 1850 y firmado por Ledru-Rollin, Albert y Mazzini. En él se afirmaba que “se trata de constituir la democracia europea, se trata de fundar el presupuesto, la caja de los pueblos, se trata de organizar el ejército de iniciadores”.⁷⁷ Unos años después, en 1859, el periódico *La Discusión* impulsó una suscripción para socorrer a la viuda e hijas de un demócrata que había sido asesinado, Tomás Bru. Esta suscripción tuvo un éxito impresionante (se establecieron comités de recaudación en ciudades y pueblos de toda España) y sirvió para medir las fuerzas del Partido Democrático, en una situación de semilegalidad. Muchos de estos comités aparecieron en las páginas del periódico citado, junto con los nombres de todas las personas que habían realizado aportaciones para la suscripción. Así podemos ver que, por ejemplo, habían contribuido a la suscripción “un demócrata proudhoniano” (Sevilla, Palma), “un mazziniano” (Lorca, Jumilla), “un amigo de Ledru-Rollin” (Jumilla, Segorbe), “un adicto a los principios de Louis Blanc” (Palencia), “un suscriptor al extinguido diario *L’Homme*, con cuyas doctrinas democráticas ha estado y está conforme” (Palencia), “uno que espera la libertad de Italia” (Luarca), “un amigo de Garibaldi” (Barcelona) o “un amigo de Mazzini”

⁷⁴ *La Ilustración Republicana Federal*, 8-11-1871.

⁷⁵ Castelar. Cit. Pascual, *La Italia del Risorgimento*, p. 307.

⁷⁶ A. Joarizti, *Los progresistas, los demócratas y los individualistas*, Barcelona, 1861.p. 160-162.

⁷⁷ AHN, Consejos, 12231 (14).

(Barcelona).⁷⁸ Por último, G. Thomson ha mostrado cómo muchas asociaciones democráticas andaluzas creadas a partir de 1859 nombraron patrón a Garibaldi (y colgaron en sus locales su retrato – retrato que a su vez era publicado por periódicos como *El Pueblo*), cómo se cantaba el Himno de Garibaldi y se daban vivas este último en algunos tumultos locales, y cómo en 1864 se llegó a esperar la llegada del héroe para liderar una revolución contra la Unión Liberal. Thomson piensa que pudo existir algún tipo de cooperación entre demócratas españoles y “generales garibaldinos itinerantes”, pero lo único que está documentalmente probado es la importancia de la figura de Garibaldi y del proyecto unificador italiano para los demócratas españoles (y para muchos de sus seguidores andaluces), sobre todo como generadores de entusiasmo, admiración y activismo.⁷⁹

Son pocos datos, y fragmentarios, insuficientes para sostener con firmeza una verdadera penetración del imaginario democrático europeo en los sectores populares partidarios de la democracia. En cualquier caso, sí queda clara la impregnación de la gran mayoría de los publicistas y activistas. Por otro lado, todas las vinculaciones e interrelaciones señaladas tuvieron consecuencias para la configuración y evolución del propio movimiento democrático español que no han sido aún exploradas exhaustivamente. Ya se ha indicado que la Revolución Francesa de 1848 impulsó movimientos revolucionarios en buena parte de Europa e intentonas frustradas, como vimos, en España. Pero en este país, además, contribuyó a la formación del Partido Democrático e inició el distanciamiento de algunos demócratas del socialismo (Como Orense, que pasó a considerar, como Mazzini, que a él se debía el fracaso de la II República francesa).⁸⁰ Posteriormente, la reanudación de la guerra de la independencia en Italia en 1859 reactivó proyectos y planes conspirativos en España.⁸¹ La derrota de Aspromonte provocó una decepción y desencanto que influyó en el proceso de “republicanización” que entre los demócratas españoles se había acelerado tras el fracaso del Bienio. “Aspromonte significó una fractura a partir de la cual se consideró imposible colaborar con ninguna monarquía”.⁸²

Entre los demócratas europeos se produjeron contactos, se establecieron redes y conexiones, se organizaron actividades y planes y se difundieron discursos y proyectos que trascendieron las fronteras nacionales y que obligan a abordar la investigación desde un punto de vista más amplio, a ir más allá del marco del estado-nación como categoría central de análisis. Pero ¿se puede hablar de una *cultura política democrática transnacional*?

Como es bien sabido, el concepto de cultura política fue acuñado en 1963 para analizar los comportamientos y actitudes relativas al sistema político en el marco de un estado-nación determinado. Ahora bien, frente a esa reducción operada por Almond y Verba de la cultura política a los confines de la nación, posteriormente fue cobrando importancia la idea de que en cada comunidad nacional existían “diversas culturas en negociación y

⁷⁸ *La Discusión*, 10-2-1859, 5-3-1859, 7-4-1859, 10-4-1859, 25-5-1859, 16-1-1860.

⁷⁹ G. Thomson, “Garibaldi and the Legacy of the Revolutions of 1848 in Southern Spain”, *European History Quarterly*, 31, 2001.

⁸⁰ F. Peyrou, “1848 et le Parti Démocratique espagnol”.

⁸¹ G. Thomson, “Garibaldi and the Legacy”, p. 364.

⁸² I. Pascual, *La Italia del Risorgimento*, p. 300.

conflicto”.⁸³ Berstein, por ejemplo, destacó que en un mismo momento histórico se podían encontrar “culturas políticas plurales, con raíces filosóficas o históricas diferentes, con concepciones opuestas del poder, que contemplan la sociedad y su evolución de manera antitética y que defienden valores antagónicos”. Y en un reciente libro dirigido por él mismo se analizaban las culturas políticas tradicionalista, liberal, republicana, socialista, comunista, libertaria, demócrata-cristiana y nacionalista.⁸⁴ Pero últimamente se ha señalado, desde una perspectiva transnacional, que debido a la incesante circulación de personas, imágenes e ideas, las culturas políticas nunca están constreñidas a un ámbito nacional, sino que siempre constituyen espacios más amplios, abiertos y sin límites fijos.⁸⁵ Como es bien sabido, la perspectiva transnacional presta especial atención a los flujos, redes y conexiones que trascienden el estado-nación, desde la convicción de que los procesos históricos siempre se construyen a través de esos movimientos constantes que atraviesan territorios, espacios y regiones. (Bayly) Es esta la perspectiva que ha guiado el presente trabajo (una inicial e incompleta aproximación a la cuestión), y la que me permite defender la hipótesis (una hipótesis que debe ser lógicamente desarrollada e investigada con mayor profundidad) de que sí existió una *cultura política democrática transnacional europea* plagada de interrelaciones, intercambios y contaminaciones, en la que el sentimiento de pertenencia a una comunidad democrática nacional convivía con un fuerte vínculo hacia una más amplia comunidad democrática europea, y en la que discursos, manifiestos, proyectos y actos realizados por los activistas de distintos puntos impactaban e influían notablemente en los de los de otras latitudes, en sus concepciones sociopolíticas y en sus opciones estratégicas y organizativas.

Las evidentes diferencias que reinaron entre demócratas europeos no deberían considerarse un obstáculo a la hora de sostener esta hipótesis. Muchos especialistas han insistido en una definición de las culturas políticas como configuraciones de representaciones y prácticas heterogéneas: W. Sewell, por ejemplo, ha afirmado que las culturas son sistemas de símbolos y significados y espacios de actividad práctica caracterizados por la contradicción, el cambio, las disputas, la fragmentación, la inestabilidad y la permeabilidad, mientras que G. Eley ha indicado que las culturas políticas se caracterizan en gran medida por el conflicto, la discusión y la negociación.⁸⁶ Pero además, fueron muchos los puntos de contacto que existieron entre los demócratas europeos: compartieron – y me refiero sobre todo a los grupos afines a Mazzini, Kossuth y Ledru-Rollin, y especialmente en las décadas centrales del siglo XIX – una visión parecida de la historia, un proyecto de futuro muy similar, así como toda una serie de símbolos, mitos, prácticas y estrategias. Y lo que más me ha interesado destacar: una identidad común, un sentimiento de pertenencia a una comunidad imaginada democrática con un origen, un objetivo y una misión comunes, unida por fuertes lazos de fraternidad y liderada por unos mismos héroes y mártires. Una identidad transnacional que no implicaba que la pertenencia a la nación no tuviera

⁸³ J. de DIEGO, *La cultura política...*, p. 35.

⁸⁴ S. BERSTEIN, "Nature et fonction des cultures politiques", en S. Berstein (dir.), *Les cultures politiques en France*, Paris, Seuil, 1999, p. 23.

⁸⁵ C. NAGEL, "Review essay: Migration, Diasporas and Transnationalism", *Political Geography* 20 (2001).

⁸⁶ W.H. SEWELL, Jr., "The Concept(s) of Culture", en V. E. BONNELL y L. HUNT (eds.), *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*, Berkeley-Los Angeles-London, U.C.P., 1999, p. 44-53; G. ELEY, "Nations, Publics, and Political Cultures: Placing Habermas in the Nineteenth Century", en C. CALHOUN (ed.), *Habermas and the Public Sphere*, MIT, Cambridge-London, 1994, p. 306.

importancia, ni que dejara de ser el marco de referencia básico para la configuración de identidades personales o sociales. Como ha señalado A. Gupta, la comunidad imaginada nación ha coexistido siempre (con distintos niveles de conflicto que sería necesario explorar) con otras comunidades imaginadas, más amplias o más reducidas, y aunque no se trata de minimizar su relevancia, sí convendría (y en esto la perspectiva transnacional resulta especialmente fructífera) desnaturalizar su carácter de *forma hegemónica de organización del espacio*.⁸⁷

⁸⁷ A. GUPTA, "The Song of the Nonaligned World: Transnational Identities and the Reinscription of Space in Late Capitalism", *Cultural Anthropology* 7 (1992).